

Bertil Malmberg, La América hispanohablante. Unidad y diferenciación del castellano. Ediciones Istmo, Madrid, 1970; 317 pp.

El conocido romanista e hispanista Bertil Malmberg había publicado en 1966 este libro de divulgación, en sueco; ahora se nos entrega la traducción española —a nuestro parecer, muy bien hecha— de Javier Facal y Kristina Lindtröm, revisada por el autor.

La orientación general del libro puede resumirse con las palabras del propio Malmberg: "Mientras no se penetra en el fondo de la cultura cuyo medio de expresión nos interesa, sólo se consiguen conocimientos parcelados, incluso en lo relativo a estos mismos medios de expresión" (p. 28). Es decir, que en el libro se buscan sobre todo explicaciones históricas o socio-culturales a los fenómenos lingüísticos. Desgraciadamente, a nuestro modo de ver, los estudios propiamente *lingüísticos* del libro ocupan pocas páginas, si se comparan con las que ocupan los temas históricos, sociales y aun literarios. El subtítulo explicativo —unidad y diferenciación del castellano— haría esperar un libro fundamentalmente lingüístico, aun cuando fuera de divulgación, cosa que en realidad no sucede.

Las páginas que el autor dedica a la introducción —por lo menos así entendemos los cuatro primeros capítulos— ocupan más de la tercera parte de la obra: "Introducción" (pp. 9-18); "De la antigüedad a la Edad Media" (pp. 19-38); "El año 1492" (pp. 39-50); "Cristóbal Colón, italiano o español?" (pp. 51-60), y "La América precolombina" (pp. 61-104). Es innegable que, tomando en cuenta el público medio al que va dirigido el libro, era imprescindible una introducción tanto sobre la historia de la lengua española, como sobre asuntos históricos de España y de América; pero puede parecer algo excesiva la extensión que el autor concede a estos temas y la relativa simplicidad con que trata las cuestiones lingüísticas del español americano. Compárese, por ejemplo, la extensión del capítulo 4 —"La América precolombina" (pp. 61-104)— con la del capítulo 6 —"El español de América y de Europa" pp. 119-129). Con esto no queremos negar la utilidad general del libro, que —gracias sobre todo al estilo, no sólo fácil, sino ameno, en que está escrito— se lee con agrado.

Es especialmente interesante el capítulo 7: "La fragmentación lingüística de la América Hispánica y sus principales centros culturales" (pp. 129-164). En él, de acuerdo con la orientación general de toda la obra, trata su autor de demostrar que la fisonomía lingüística de América "está estrechamente relacionada con los hechos de su estructura social y cultural, y depende también, evidentemente, del desarrollo histórico-social" (p. 129). Hace referencia al carácter *africano* de ciertas áreas. Explica cómo las isoglosas no guardan generalmente relación alguna con las fronteras políticas. Habla de la pervivencia de ciertas lenguas indígenas, como el quechua, el guaraní o el maya. Al referirse al español del Perú, Malmberg opina que la diferencia de clases en el Perú colonial "explica el hecho de que el español peruano sea, todavía hoy, el habla de Hispanoamérica, más cercana a la norma lingüística castellana".¹ Hace mención también al carácter popular de ciertos rasgos del español chileno, que pueden deberse al abandono de que Chile fue objeto, por parte de la Metrópoli, durante la época colonial. Más interesante —aunque no estemos totalmente de acuerdo con su tesis— es la posición que el autor adopta sobre el problema del andalucismo de América, mostrándose partidario de la ya superada —creo— opinión de Henríquez Ureña: "De lo dicho desprenderá el lector que comparto, en gran medida, la tesis de este último [H. U.] con respecto a la cuestión que nos ocupa, si bien creo que hubiera debido matizarla más" (p. 155). Unas páginas antes anota: "Los documentos de la época no demuestran en absoluto un predominio tal de los andaluces" (p. 149); es lamentable que, al revisar el autor la traducción, no aprovechara la oportunidad de rectificar esta apreciación, disponiendo, como se dispone ya, de los *Indices Geobiográficos* de Peter Boyd Bowman.²

Dos extensos capítulos dedica Malmberg a la Argentina: el 8 sobre la "Situación lingüística y cultural de Argentina y países del Plata" (pp. 165-210), y el 9, dedicado a "La figura del gaucho y la literatura gaucha en la tradición cultural argentina" (pp. 211-234). Sobre el *voseo* en esta área, escribe: "En 1810 consta que todas las personas cultas de Buenos Aires usaban *tú*

¹ Apreciación difícil de comprobar, dado que se carece de una descripción completa del español peruano, así como de la mayor parte de las hablas hispanoamericanas.

² Pueden verse además los estudios referentes al tema, de Rafael Lapesa, Diego Catalán y R. Menéndez Pidal.

como pronombre personal de segunda persona de singular" (p. 177). Esta afirmación me parece dudosa, ya que, según un reciente estudio, consta precisamente lo contrario: que en 1810 una persona *culta* voseaba.³

En el capítulo 10, "Tradición lingüística española e influencia extranjera" (pp. 235-252), insiste en refutar la tesis sustratista de Rodolfo Lenz sobre el español chileno. Anota asimismo que la influencia anglosajona en la cultura y en la lengua es sólo registrable en las grandes urbes, y cita a Rosenblat: "Lo más profundamente subyacente, la cultura, lo espiritual (en el pueblo, no en el individuo) es siempre español" (p. 245).

El capítulo 11 está dedicado a "El Paraguay de indios y mestizos". Este país bilingüe (español-guaraní) reviste especial interés para estudios de sociolingüística e historia de la cultura, ya que el guaraní, hacia fines del XIX, "se había convertido en una lengua de cultura" (p. 265), y actualmente "Paraguay es sólo muy superficialmente un país de habla española" (p. 259). Al referirse a la pervivencia de *ll* en Paraguay, dice Malmberg: "El español es para el paraguayo algo así como el vestido de los domingos o el de las visitas, que se guarda para las grandes ocasiones. Por ello se ha mantenido tanto en Paraguay como en las Provincias argentinas limítrofes la pronunciación de la *ll*" (p. 277). Me pregunto si será ésta la única causa de la conservación, pues me parece un razonamiento algo simplista. ¿No podría pensarse aquí en uno de los pocos casos de influencia de sustrato, que vino a favorecer una conservación debida al aislamiento? Porque de otra manera, ¿cómo se explicaría la conservación de *ll* en otras regiones —conservación no mencionada por el autor—, como la Sierra del Perú y el interior de Colombia? Creo que este problema fue resuelto satisfactoriamente por Menéndez Pidal en el artículo —anotado en la bibliografía del libro— "Sevilla frente a Madrid", fenómeno característico de áreas conservadoras, de poco contacto con la Metrópoli, y por lo tanto desconocedoras de las modificaciones fonológicas adoptadas por Madrid y aceptadas en Lima y México y sus zonas de influencia.

A propósito del *yeísmo*, se hace eco Malmberg de un error, ya anteriormente superado, sobre una supuesta área de distinción en México: "En el español mejicano encontramos los llamados

³ Cf. RODOLFO A. BORELLO, "Para la historia del voseo en Argentina", *Cuadernos de Filología*, Mendoza, 3 (1969), pp. 25-42.

americanismos habituales, como el yeísmo (con la excepción de la pequeña área conservadora de la ciudad de Morelos)" (p. 292). En primer lugar no hay en México zona alguna distinguidora; en segundo, no existe en México ciudad alguna que se llame Morelos. Se venía afirmando que "la Barranca de Atotonilco el Grande" —perteneciente al estado de Hidalgo y no al de Morelos, como se suponía— conservaba la *ll*. Se han realizado investigaciones en este sitio, sin encontrar rastro alguno de tal fonema.⁴

En el último capítulo, "México: lo español y lo no español", podría parecer tal vez un poco comprometida la opinión del autor sobre el grado de influencia del sustrato náhuatl en el español. Por él explica Malmberg la debilitación vocálica, la cual, sin ser tan notable como da a entender el autor,⁵ me parece muy discutible que pueda deberse al sustrato náhuatl ("es un hábito de pronunciación indio que ha penetrado en el español"), sobre todo porque no es fenómeno fonético exclusivo de la altiplanicie de México, y porque el náhuatl no puede caracterizarse precisamente por la debilitación vocálica; en este razonamiento nos apoyamos en el mismo Malmberg, ya que para él se puede hablar de una influencia de sustrato "si el fenómeno en cuestión coincide en su extensión con la de la supuesta lengua-sustrato, o si ésta se caracteriza precisamente por aquella peculiaridad" (p. 241).⁶ Concluye el libro con una bibliografía distribuida por capítulos y temas.

JOSÉ G. MORENO DE ALBA

Centro de Lingüística Hispánica.

⁴ Cf. PETER BOYD-BOWMAN, "Sobre restos de lleísmo en México", *NRFH*, VI (1952), 138-140.

⁵ A. ZAMORA VICENTE Y MA. JOSEFA CANELLADA, "Vocales caducas en el español mexicano", *NRFH*, XIV (1960, pp. 221-242) parecen estar de acuerdo con esta apreciación de Malmberg; pero un estudio posterior, el de JUAN M. LOPE BLANCH ("En torno a las vocales caedizas del español mexicano", *NRFH*, XVII (1963-64, pp. 1-19), comprueba, con mayor abundancia de datos, que la debilitación vocálica en el español de México, sin dejar de existir, no tiene las características de frecuencia señaladas por Zamora Vicente.

⁶ Cf. además el luminoso estudio de B. MALMBERG, "Tradición hispánica e influencia indígena en la fonética hispanoamericana", *Presente y futuro de la lengua española*, II, Madrid, 1964, pp. 227-243; cf. también JUAN M. LOPE BLANCH, "La influencia del sustrato en la fonética del español de México" *RFE*, L (1967), especialmente pp. 153-156.